

IV Domingo de Cuaresma, Ciclo B

El amor da vida

“Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo” (Ef 2,4). “Tanto amó Dios al mundo que le dio a su único Hijo para que todo el que crea en él tenga vida eterna” (Jn 3,16). Estos dos versículos tan afines resumen el mensaje de vida que la comunidad eclesial anuncia en este domingo de la alegría, el cuarto de la cuaresma. El misterio paradójico al que la fe cristiana nos remite para encontrar la fuente de esta alegría y de una vida nueva es la reorientación de la existencia humana hacia Jesús crucificado. Concentrar la mirada y la atención en el Jesús del Calvario es encontrarnos con el Dios del amor, absolutamente libre y gratuito, que abre al ser humano la posibilidad de la regeneración total de la vida. San Juan lo dice con su doble lenguaje típico: “El Hijo del Hombre tiene que ser elevado en alto para que todo el que cree en él tenga vida eterna” (Jn 3,14-15).

Ser elevado en alto es una imagen que traduce un único verbo griego que evoca las dos facetas del misterio pascual: El crucificado y el resucitado. El verbo *hypsoo* (elevar) aparece cuatro veces en el evangelio de Juan (Jn 3,14; 8,28; 12,32.34) y se utiliza siempre intencionalmente con un doble sentido: «la elevación de Jesús al ser alzado en la cruz y su exaltación al cielo». Según Juan, Jesús es exaltado a los cielos por su elevación en la cruz (Jn 12,32ss) y está en el trono eterno de su gloria. Pero además, este mismo verbo *hypsoo* (elevar) indica también el modo de esa muerte, es decir, la cruz. En Jn 8,28 son sus opositores los que elevarán a Jesús, y por tanto la interpretación más obvia es que lo conducirán al patíbulo. Elevado en la cruz por el hombre es exaltado en la gloria por Dios porque la acción de exaltar es una acción que corresponde únicamente a Dios. En su pasión hasta la cruz, Jesús, levantado en alto como víctima humana, sufría la muerte, pero, por la acción del Espíritu, era exaltado y recibía la vida (cf. 1 Pe 3,18). El crucificado por los hombres es exaltado por Dios. Creer en este Jesús es empezar a tener una vida eterna.

La elevación en la cruz experimentada por Jesús es la máxima expresión del Amor. El amor de Jesús transforma la violencia en ternura, la crueldad en dulzura, el rencor en perdón, el insulto en bendición, la traición en reconciliación, la fragilidad en fortaleza, la desesperación en confianza, el pecado en gracia, y la muerte se transforma en vida mediante la resurrección. Esa es la verdadera Pasión de Cristo, que consiste, no tanto en los hechos dolorosos que Jesús soportó en la cruz hasta la muerte, cuanto en el amor sin límites con que él afrontó y vivió el sufrimiento para infundir una nueva vida al género humano. Por ello Él nos capacita, por su sacrificio redentor, por la acción de su espíritu y con su ejemplo, para que todos nosotros cumplamos también nuestra misión. Cuando nosotros entregamos nuestra vida como ofrenda a Dios en defensa de los inocentes, en apoyo de los justos y por la liberación de los oprimidos, entonces también nosotros experimentamos que

hemos sido ya vivificados y resucitados con Cristo (cf. Ef 2, 4-10) en su movimiento ascendente que tira de todos hacia él. El Dios del amor, rico en misericordia, que nos da a su Hijo único, nos da con él la vida nueva y eterna. Somos hechura de Dios. Y en Cristo hemos sido creados de nuevo por Dios. Una vez más en la Cuaresma se anticipa el final de la Pascua y por ello el mensaje de este domingo es fuente inagotable de alegría. Al mirar a Cristo crucificado, el que en Jerusalén fue levantado en alto, por los hombres y por Dios, encontramos la verdad del amor desvelada por Dios al mundo para que tengamos vida, la vida de Dios.

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura